

## MI ÚLTIMO DÍA

Tengo miedo. Hace tiempo que los nervios han dominado mi cuerpo y ya no me permiten pensar con claridad. En mi cabeza se mezclan historias absurdas con imágenes siniestras y deformes que cada día intentan poseerme para formar parte de esta irreal pesadilla que estoy viviendo desde hace ya demasiado tiempo. La verdad es que no sabría decir cuánto exactamente, pero en la pared de mi cuarto hay colgadas hojas escritas con fechas ya muy lejanas. Aunque de algo estoy seguro: mi cautiverio es mucho mayor al que marcan las fechas. Empecé a escribir este diario cuando la esperanza me abandonó por completo, dejando paso a esta terrible frustración envenenada de pesimismo con la que ahora comparto mi deprimente existir. Es insoportable. No puedo aguantar más tiempo este sufrimiento que me condena inexorablemente a la soledad. Esta profunda amargura que me devora por dentro, que corroe cada ínfimo hilo de esperanza que logra surgir de entre las tinieblas que dominan mi interior. ¿Por qué me está pasando esto? Necesito saberlo. Por el amor de Dios, ¡necesito comprender lo que me está sucediendo!

Creo que hace tiempo que he perdido la cordura, de modo que ya no sé si lo que estoy escribiendo es real, o tan sólo es fruto de mi mente enajenada por esta situación que me supera. No lo sé, realmente no lo sé, pero de una cosa estoy seguro, de que mañana toda esta locura llegará a su fin. No sé qué es lo que va a pasar ni lo que sucederá conmigo, pero todo indica que mañana se acabará esta pesadilla.

Todo lo que he ido escribiendo hasta ahora está colgado en la pared de mi cuarto. Quizá cuando todo esto termine, alguien pueda leerlo y entender lo que me ha sucedido. Hoy es 12 de enero de 2005. Si todo sucede tal y como ella me lo ha contado, mañana escribiré la última página de mi diario.

**23 de agosto de 2004**

Hoy comienzo a escribir este diario tras varias semanas de asfixiante desasosiego. Algo me incita a hacerlo, como un repentino impulso que pretende mantenerme ocupado e impedir que le dé más vueltas a esta esperpéntica situación que me rodea. Quizá sólo sea una vía de escape para mi propia mente, un método auto-defensivo de mi cabeza para no desquiciarme. No lo sé, pero siento que si no escribo todo lo que me está ocurriendo, dentro de muy pocos días ya no lo recordaré. Y eso sí que no lo puedo permitir. No quiero vivir ignorando mi propia existencia.

Llevo mucho tiempo metido en mi propia casa. No tengo ganas de salir ni de comer, y además, llevo algo más de una semana con un terrible dolor de cabeza, provocado, pienso, por el continuo estado de nervios en el que me encuentro desde hace unos días, cuando un terremoto sacudió la ciudad con una violencia inusitada. Todo se movía a mi alrededor, se escuchaban gritos y fuertes golpes. Era como si un gigante hubiese cogido mi hogar entre sus manos y hubiese comenzado a tambalearlo a su antojo. Durante el tiempo que duró el seísmo, como si de un muñeco de trapo se tratara, mi cuerpo cruzaba de un lado al otro de la habitación sin ni siquiera tocar el suelo. Me golpeé en varias ocasiones contra las paredes y quizá sea por ese motivo que siento este constante dolor en las sienes y en la nuca.

He tomado varios medicamentos, pero el dolor no cesa; al contrario, parece aumentar. Es como si algo intentara salir de mi cabeza por las malas. Como si algún parásito estuviera cansado de vivir dentro de mí.

Además, hace varios días que no logro dormir, cosa que ayuda a mi estado de nervios e intranquilidad a seguir martirizándome. Pero, ¿cómo hacerlo? Tras el terremoto, un pitido agudo y constante lo domina todo a mi alrededor, clavándose en mi cabeza como una melodía desafinada que se resiste a terminar. He escuchado en varias ocasiones en la televisión que, tras un terremoto, siempre persiste una especie de zumbido extraño que perdura durante algunos días. Quizá sólo sea cuestión de tiempo y todo vuelva a la normalidad en pocos días. Pero ¿qué hacer con los golpes que también se escuchan constantemente en mi pared cada noche, cada día, cada vez que intento conciliar el sueño? Son golpes suaves, pero constantes. Algo desesperante que me tortura sin descanso.

No tengo ni la más remota idea de quién puede ser el causante, ya que en el piso contiguo no vive nadie desde hace varios meses y nunca he escuchado ningún otro ruido que no fueran estos desquiciantes sonidos.

He intentado hacer que paren los golpes y ese endemoniado pitido o, al menos, procurar no escucharlos. Cogí el algodón que tenía en el cuarto de baño y me hice unos tapones para intentar dormir. Pero esos sonidos seguían retumbando en mi cabeza. Seguían sonando con la misma insistencia e intensidad.

Tras esto, he llegado a creer que en realidad nadie golpea mi pared y que todo ocurre sólo y exclusivamente en el interior de mi cabeza. Que todo es fruto de mi desatada imaginación. Comienzo a estar preocupado, ya no logro distinguir el borroso límite que separa lo real de lo imaginario.

Pero hay algo que me sorprende aún más que estos molestos sonidos. Algo que me ha comenzado a suceder desde hace tan sólo un par de días. Viejos y dolorosos recuerdos acuden a mi mente como fragmentos de antiguas películas ya olvidadas. Es muy extraño. Es como si mi cerebro estuviera intentando advertirme de algo, pero ¿de qué? He decidido empezar a apuntar también estos recuerdos y colgarlos, de igual modo, de las paredes de mi cuarto para ver si esto me lleva a alguna parte, si de esta manera logro entender toda esta delirante y siniestra trama carente de sentido.

Ahora voy a intentar dormir un poco. La cabeza me está matando. Los golpes persisten. El pitido no cesa. El suelo comienza a temblar de nuevo.

## **Primero**

Los primeros recuerdos almacenados en mi mente datan de cuando sólo tenía siete años. La verdad es que preferiría que esos recuerdos se hubiesen borrado, que hubiesen desaparecido de mi cabeza sin dejar rastro para no poder causarme más dolor.

Esos primeros años de mi vida los pasé internado en un viejo orfanato destartalado, dirigido por un pequeño grupo de monjas de buen corazón pero escasos medios materiales como para darnos, tanto a mis compañeros como a mí, una vida aceptable que estuviera dentro de los límites de lo digno.

Jamás conseguiré olvidar aquel lugar. Aquel antro mugriento, prisión de niños desafortunados, que durante tanto tiempo constituyó mi hogar. El orfanato estaba formado por una vieja estructura central fabricada en piedra, donde se encontraban las habitaciones, el comedor, las duchas, la enfermería, las aulas, la sala de estudio y la capilla. A su alrededor, una amplia explanada, cuna de malas hierbas y piedras afiladas, martirio de nuestras rodillas infantiles, con frecuencia heridas y despellejadas. En la parte trasera del orfanato había un viejo hórreo descolorido, donde las monjas guardaban la mayor parte de las provisiones antes de la llegada del invierno, y a pocos metros del hórreo se alzaban dos altos pinos, de cuyas ramas más bajas colgaban cadenas y neumáticos que hacían las veces de columpios improvisados. Muy cerca de allí, descansaba inerte, un rústico sube y baja, construido con una gran piedra redonda y un tronco de olmo tallado y preparado para ese fin. Aquellas sencillas atracciones constituían nuestra sala de ocio y recreo. El fin de nuestra libertad lo marcaba un alto muro de piedra maciza, que se alzaba sobre nuestras cabezas, impidiéndonos ver el mundo que existía más allá de su pétreo realidad.

A pesar del buen trato y cuidado que me dedicaban las monjas allí dentro, mi estancia en el orfanato fue dolorosamente insoportable.

Recuerdo mi fría y lúgubre habitación, rodeada de gruesos muros de piedra helada que apenas lograba atravesar la luz del sol por un estrecho ventanuco situado en la parte más alta de la pared más fría. El suelo de tierra desprendía un suave olor a humedad y a desechos, que ascendía y penetraba en mi estancia a través de la rejilla de un viejo sumidero, situada en el centro mismo de la habitación. Recuerdo cómo el frío penetraba en mi piel cada noche, como inyecciones letales que me helaban la sangre sobre mi incómoda cama de piedra y el colchón de paja seca. De ese modo dormíamos, o al menos lo intentábamos, más de una treintena de niños, que vivíamos modestamente y bajo el estricto control religioso de aquellas santas mujeres.

La comida, mala pero abundante, llenaba enormes mesas de madera donde comíamos todos juntos sin mirarnos, sin hablarnos, sin ni siquiera alzar la vista de nuestros platos por temor a miradas perdidas que pudiesen acusarnos ante las monjas.

Cada mañana, muy temprano, las monjas nos obligaban a levantarnos para acudir a la capilla y dar gracias a Dios por un nuevo día. Tras insulsas

plegarias y rezos y abundantes amenazas de condenación eterna, éramos conducidos hasta las aulas, donde pasábamos soporíferas horas escuchando historias que no nos importaban, y anhelando el momento de escapar de allí para regresar a nuestras habitaciones y esperar a que el tiempo consumiese nuestra infancia.

La vida dentro del orfanato no me gustaba. Siempre encerrado en mi habitación, dibujando extrañas imágenes en mi mente y escribiendo largas historias sobre seres inventados que me rescataban de aquel infierno desolador.

Algunos días, cuando el sol se decidía a aparecer, iluminando tímidamente nuestras vidas, las monjas abrían las pesadas puertas de nuestras habitaciones y nos permitían salir al patio exterior del orfanato para disfrutar del aire y la luz del día. Odiaba aquello. Prefería estar encerrado en mi habitación a verme expuesto a las miradas de mis compañeros de calvario. Siempre alerta, distantes, deseando que alguien se lanzara sobre mí para estallar en sonoras carcajadas que me martirizaban.

Siempre buscaba la soledad. Me sentaba lo más lejos posible del resto del mundo. Lejos de sus burlas, sus miradas arrogantes o sus insultos infantiles cargados de odio. Todo aquello me resultaba insoportable y de no haber sido por el cariño de la hermana Claudia no sé lo que hubiera sido de mí. Ella era dulce, de mirada cálida y compasiva. A sus setenta y dos años me hacía sentir seguro y protegido, a pesar de su propia debilidad. Era una persona extraña y desconcertante. Acostumbraba a hablar sola por los pasillos, mientras caminaba despacio, con los ojos cerrados, como si mantuviese importantes conversaciones con alguien que sólo ella era capaz de oír. Aquello me causaba cierto recelo pero, a pesar de todo, yo consideraba que aquella mujer menuda, de arrugas marcadas, cuerpo lánguido y cabeza confundida, era toda mi familia. Mi única familia. Cómo imaginar que de sus finos y arrugados labios, saldrían las palabras más dolorosas que hasta entonces había escuchado.

Un día nublado, la hermana Claudia entró en mi habitación. Su mirada era triste, casi doliente. Se sentó en la cama, junto a mí, y con la voz rota por la emoción comenzó a hablarme con dulzura.

— Cariño, debo contarte algo que, aunque resulte doloroso, mereces conocer — dijo con lágrimas en los ojos. Yo la miré, temeroso, porque jamás la había visto tan afectada —. Cielo, ¿alguien te ha contado alguna vez el motivo por el que estás aquí?

Negué con la cabeza y bajé la mirada al suelo. Su forma de mirarme, aquel brillo mortecino de su ojos no me hacían presagiar nada bueno y procuré evitar su mirada para no ponerme más nervioso. Ella colocó su arrugada mano sobre mi rodilla y tomó una larga bocanada de aire, que luego exhaló en un contundente suspiro.

—Leonardo, todos los niños que vivís aquí en el orfanato tenéis algo en común. Vuestros padres no pueden hacerse cargo de vosotros por diferentes motivos. —Hizo una breve pausa y después prosiguió—: Unos están en la cárcel por cosas malas que hicieron en su vida, otros no están preparados para afrontar responsabilidades de tal calibre y otros, simplemente, quieren eludir esas responsabilidades.

Suspiré y alcé la mirada hacia el estrecho ventanuco de mi cuarto. El cielo permanecía grisáceo y oscuro.

—Y ¿cuál es mi historia, hermana? ¿Por qué estoy yo aquí?

Noté como la mirada de la hermana Claudia se posaba en mí, tan tierna y dulce, que resultaba desesperanzadora.

—Tu historia, cariño, es un poco más delicada que la del resto de los niños de este orfanato y no sé por dónde empezar a contártela. Ni siquiera sé si debería hacerlo.

El silencio se hizo pesado en la estancia. La hermana Claudia se frotaba las manos, nerviosa, mientras yo procuraba no perder la entereza. Finalmente decidí romper el silencio. —Hermana, sé lo que intenta contarme —dije en un susurro. Ella me miró desconcertada—. Sé lo que les sucedió a mis padres.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos ante mis palabras.

—Acabas de decirme que nadie te había contado la historia —adujo ella.

—Y nadie lo ha hecho, hermana. Nadie me ha contado nada.

—Entonces, ¿qué es lo que crees saber?

Fijé la mirada en los ojos de la monja. Había palidecido y parecía nerviosa y tensa. El labio inferior le temblaba ligeramente.

—La verdad, hermana —confirmé—. Conozco la verdad.

La mujer apartó la mano de mi rodilla y agarró con fuerza el crucifijo que pendía de su cuello. Volví a mirar hacia el ventanuco de la pared, mientras la hermana Claudia se aferraba a su fe y rezaba en silencio.

—Todas las noches sufro pesadillas —susurré al aire denso de la habitación. La mujer dejó de mover los labios y me miró, no sin cierto temor—.

En mis sueños, soy sólo un bebé y un hombre vestido de blanco me mantiene en brazos, mientras que una mujer me limpia con un paño húmedo. — La hermana Claudia permanecía expectante ante mis palabras —. Después, el hombre se gira y puedo ver a otra mujer tumbada en una cama. Parece cansada. Está sudando y tiene el pelo revuelto sobre la frente. Respira muy fuerte, como si le costara hacerlo. El hombre que me protege se acerca a ella y la mujer extiende los brazos para cogerme. Sus manos son suaves, pero están muy frías. De repente, todo el mundo empieza a gritar y a correr de un lado a otro. Una máquina hace un ruido muy molesto, un pitido irritante. Entre el caos creado en la habitación miro a la mujer que me tiene en brazos. Está sonriendo, pero la debilidad se percibe en sus ojos. Me da un beso en la mejilla y, acto seguido, sus ojos se cierran y su sonrisa desaparece.

Me llevé una mano a la mejilla y la acaricié con la yema de los dedos. La hermana Claudia se enjugó los ojos con las manos.

— ¿Por qué no me has contado nunca todo esto?

— Porque no quería hacerla llorar.

La hermana Claudia tomó mi mano entre las suyas y me preguntó con delicadeza:

— ¿Desde cuando sufres estos sueños, Leonardo?

— Los recuerdo desde que tengo memoria... — Bajé la mirada —. Pero el sueño no termina ahí, hermana. Es más largo.

La hermana Claudia alzó la vista hacia mí de nuevo alarmada.

— ¿Aún hay más?

Asentí con la cabeza y comencé a morderme las uñas.

— Tras todo esto, en mi sueño, hay un salto en el tiempo. Ahora es de noche y puedo verme en una cuna de la sala de maternidad. Los fluorescentes brillan sobre mi cabeza, el llanto de todos los niños impregna el lugar de vida y puedo ver a algunos padres que contemplan a sus hijos desde la mampara de cristal que hay en el cuarto. Pero el mío, mi padre, no se conforma con observarme desde el cristal y va más allá. Entra en la habitación y bloquea el acceso con los palos de una fregona y un cepillo. Tiene los ojos enrojecidos y parece un hombre muy mayor. Las lágrimas surcan sus mejillas a medida que se acerca hasta mi posición. Oigo los golpes desesperados de los otros padres desde el cristal y la puerta. Parecen aterrados. Mi padre se detiene ante mi cuna y me mira, luego alarga un brazo y rodea mi cuello con su enorme mano. Los gritos de los otros

padres suenan cada vez más fuertes desde el exterior. Siento que me voy durmiendo, que me voy sumiendo en la oscuridad. Pero de pronto, la presión en mi cuello disminuye y los ojos de mi padre, antes llenos de ira se llenan de lágrimas. Lo veo retroceder sin dejar de mirarme, como aturdido y mareado. Lo veo alejarse de la cuna y tropezar con un gran armario lleno de medicamentos. Mi padre se da la vuelta, mira la vitrina y descarga su puño contra las puertas de cristal, haciéndolas añicos. Puedo ver el rostro de los otros padres, que continúan fuera, llorando y gritando, abrazados unos a otros, gritando como auténticos posesos, mientras observan a mi padre, que ahora permanece de pie, ante el armario, rodeado de cristales y mirando la puerta rota. Alza ambos brazos sobre su cabeza y se vuelve para mirarme. Cierra los ojos y baja los brazos con fuerza contra el cristal roto. Su muñeca izquierda recibe un profundo corte que comienza a sangrar de inmediato. La derecha queda atravesada en la puerta del armario por un afilado trozo de cristal. Los gritos de terror que suceden a esta escena son los que siempre me hacen despertar. Siempre en el mismo punto.

La hermana Claudia se volcó sobre mí y me recogió entre sus frágiles brazos. Las lágrimas recorrían sus mejillas.

— Mi niño — dijo entre sollozos, mientras me apretaba contra su regazo —. Cuánto sufrimiento has debido soportar, mientras yo, ignorante de mí, no me percataba de nada.

Me zafé del abrazo de la mujer y la miré a sus trémulos ojos.

— No es culpa suya, hermana No es culpa de nadie. — dije, tumbándome en la cama boca arriba —. Hermana, ahora me gustaría estar solo.

## **27 de agosto de 2004**

Por fin he conseguido dormir, aunque creo, que esta vez ha sido durante demasiado tiempo. Han pasado cuatro días desde mis últimas anotaciones en el diario y varias cosas han cambiado. Los golpes y el pitido agudo han cesado. Cuando me desperté todo estaba en silencio, tranquilo, sosegado, pero ¿por qué ahora? ¿Por qué en este momento? No recuerdo nada desde el martes y me siento abotargado y algo entumecido. Decidí ir al cuarto de baño y lavarme la cara para despejarme. De ese modo quizás lograrse pensar con mayor claridad.